

El hombre llega a la ancianidad y ...

Aunque los dilemas y conflictos de la ancianidad enmarcan a hombres y mujeres, este comentario lo dedicaré, en especial, a la problemática masculina

Dr. Oscar Díaz Noriega

El tratamiento que le ha dado la sociedad al anciano, ha estado determinado desde los comienzos de la civilización por dos factores: la necesidad que tenga el grupo por lo que aporta el anciano y las condiciones económicas del grupo social a que pertenece.

Señala Genoves que, en sociedades donde la única forma de transmitir los conocimientos y experiencias acumuladas por generaciones es la oral, el anciano es una figura de suma importancia, pues en él se resumen todos los conocimientos de su espacio. Por otra parte, en esas sociedades, los cambios que ocurren a escalones superiores de desarrollo son muy lentos. No es de extrañar que en esas condiciones, el anciano ocupe un lugar de gran significación social y, por tanto, sea tratado como una figura prominente dentro del grupo. En estas sociedades los ancianos son venerados y consultados por el grupo antes de tomar alguna decisión importante.

Con el desarrollo de la escritura, la transmisión oral de los conocimientos adquiridos perdió importancia. Por otra parte, el vertiginoso desarrollo científico-técnico provoca un «envejecimiento» de los conocimientos que favorece que las generaciones más jóvenes se encuentren más y mejor informadas que las que le precedieron.

De esa forma, cuando una persona llega a la ancianidad, sus conocimientos técnicos generalmente no son los más modernos, su experiencia es poco importante pues la obtuvo en condi-

ciones muy diferentes de las actuales y, por añadidura, no está familiarizada con los últimos adelantos de la técnica.



Cuando un anciano muestra interés en cuestiones específicas del área sexual, se están realizando actividades que no corresponden a las regulaciones para esa edad y, por tanto, al transgredir normas, el pago puede ser sentirse ridículo o rechazado.

Pudiéramos concluir que en este tipo de sociedad, que se corresponde con los patrones de la sociedad moderna actual, el anciano tiene muy poco o nada que aportar al grupo social a que pertenece.

En esas condiciones, la forma de ser tratado dependerá de la situación económica, de cuánto pueda y esté dispuesta a gastar la sociedad en esa minoría. Es así que, aun en sociedades con cierta holgura económica, se gasta relativamente poco en el anciano.

Como regla, el anciano se retira o «lo retiran» y se le asigna un ingreso económico inferior al que necesita para subsistir. Esto sin tener en cuenta que, después de la edad de retiro, las mujeres pueden vivir, como promedio, 20 años y los hombres 15 años más.

En ese contexto pudiéramos preguntarnos: si al anciano no se le resuelven problemas urgentes que tienen que ver con su subsistencia ¿quién le va a mejorar su vida sexual?

Durante siglos, se relacionó sexualidad con reproducción, negándole, por tanto, el disfrute de la sexualidad al anciano. En las condiciones actuales, en que el número de ancianos es cada vez mayor y sus enfermedades son evitadas o controladas con éxito creciente, comienza a haber un movimiento para liberarlos de todos los prejuicios y mitos que los oprimen en ese campo.

**El «viejismo»,
comparable al racismo o al
sexismo, se aprende
desde joven y,
de esa forma,
la persona se convierte
en destinataria
de sus propios prejuicios.**

Los patrones sexuales que se transmiten, de generación en generación, dan la impresión de que el desarrollo se detiene en un momento dado y que el adulto se convierte en un ser relativamente estático. De esa forma, se considera que la manera de reaccionar, las necesidades, los estímulos necesarios en un anciano deben ser, en principio, iguales a los de un adulto joven. Estas expectativas que son mantenidas, incluso, por los mismos ancianos, son un elemento generador de angustias pues, fisiológicamente, no puede haber las mismas necesidades ni respuestas y preparan el terreno para que la imagen de sí mismo y de su pareja se deteriore, dando lugar a depresión y cerrando así un círculo vicioso.

El «viejismo», comparable al racismo o al sexismo, se aprende desde joven y, de esa forma, la persona se convierte en destinataria de sus propios prejuicios.

En una comparación entre «viejismo» y sexismo, en 1973, Palmero y Manton demostraron que la desigualdad económica derivada de la edad, resultó mayor que la derivada de la raza.

El tiempo social, término introducido por Neugarten en 1979, consiste en un sistema de regulaciones sociales y está conformado por las expectativas sobre los comportamientos apropiados para cada edad. Este concepto tiene gran influencia en la conducta del anciano, pues aún no se ha logrado que la sexualidad sea aceptada dentro de su tiempo social.

Cuando un anciano muestra interés en cuestiones específicas del área sexual, cuando busca pareja después de haber enviudado o cuando ocurre un casamiento en la tercera edad, se están realizando actividades que no corresponden a las regulaciones para esa edad y, por tanto, al transgredir normas, el pago puede ser sentirse ridículo o rechazado.

A nivel social encontramos ejemplos de viejismo expresados de forma individual y colectiva, incluso, provenientes de esferas de poder, donde éste se ejerce de forma discriminatoria. A continuación algunos ejemplos:

Medios Masivos de Difusión: En la televisión, la radio, etc., cuando se intenta ofrecer una imagen de sexualidad o de amor, se utiliza como regla la imagen de una pareja de adolescentes o de adultos. Por otra parte, muchas veces se utiliza la imagen del anciano interesado en la sexualidad como motivo de burlas o chistes. Un ejemplo clásico lo constituye el anciano de «La Verbena de la Paloma».

Por el contrario, cuando con buenas intenciones se trata de combatir los prejuicios que hemos descrito, se hace dando una imagen del anciano que resulta tonta o insulsa.

Profesionales de la Salud: Las personas formadas para garantizar que exista un equilibrio biopsicosocial en la población, como regla, no están preparadas para la discusión desprejuiciada y científicamente fundamentada de algunos aspectos de interés sobre sexualidad geriátrica.

En muchas oportunidades se evita el tratamiento de ese tema o, lo que es peor, se dicen opiniones erróneas basadas en la propia historia de la persona que la expresa y que, aunque incorrecta,

dada la significación social del personal de la Salud, se convierte en perpetuadores de mitos y tabúes.

Un error sería también el abordaje de la sexualidad geriátrica, utilizando modelos o patrones que se corresponden con otra etapa de la vida, como sería la aspiración de tener el pene siempre erecto.

La expresión más concreta de la discriminación sexual del anciano la constituye que muchos grupos de sexología, constituidos por personal que se supone es portador

de las ideas más avanzadas en ese campo, niega la asistencia a los ancianos que la solicitan pues tienen como límite superior de edad para aceptar a sus pacientes edades entre 60-65 años.

En 1991, Luis M. Aller Atucha describió el modelo de sexualidad que impone la sociedad a sus miembros. Este modelo, según ese autor, se compone de los siguientes elementos:

Heterosexual-Matrimonial-Reproductivo

Aunque coincidimos con él en estos aspectos, consideramos que el modelo no estaría completo si no se le añade un cuarto elemento que sería: Juvenil.

El término juvenil lo proponemos por dos razones fundamentales:

1. Porque excluye la posibilidad de que la sexualidad sea practicada por ancianos.
2. Porque exige que quien practique la sexualidad lo haga utilizando patrones de conducta sexual juvenil dado, entre otros, por erecciones inmediatas y completas, eyaculaciones abundantes y a altas presiones, períodos refractarios inexistentes, vaginas siempre lubricadas y deseos sexuales inagotables.

El modelo de sexo oficial quedaría conformado de la siguiente manera:

Heterosexual-Matrimonial-Reproductivo-Juvenil

Por último, recordemos dos hechos que en ocasiones se olvidan:

- Un día que se pierda sin lograr beneficios para los ancianos, puede ser el último día de vida de muchos de ellos.
- Con un poco de suerte, Todos Los Hombres Llegaremos a ancianos.

Ilustración: Reiner Semidey

Bibliografía

1. ALLERATUCHA, L. M.: *Pedagogía de la sexualidad humana*. Editorial Galerna. Buenos Aires, Argentina, 1993
2. GENOVÉS, S.: *Aspectos transculturales*. Symposium: Senectud. Actualidades Médicas y Quirúrgicas. 1973. Academia Nacional de Medicina. XV Jornadas Médicas Nacionales. Oaxaca. Enero 1975. México.
3. KRASSOIEVITCH, M.: *Psicoterapia Geriátrica*. Primera Edición. Fondo de Cultura Económica, S. A. de C. V., 1993
4. NEUGARTEN, B. L.: *Time, age and the life circle*. Am. J. Psychiatry, 1979, 136: 887-894
5. PALMORE, E.; MANTON, K.: *Ageism compared to racism and sexism*. J. Gerontology. 1973. 28: 363-369.